

Primera comida en el campamento

HAD-EL-GARBIA

ERA aquello una muchedumbre de ministros, cónsules, dragomanes, secretarios, vicecónsules, una gran embajada internacional que representaba seis monarquías y dos repúblicas, compuesta en su mayor parte de gentes que habían recorrido la mitad del mundo. Llamaban especialmente la atención, el cónsul de España, vistiendo el pintoresco traje murciano, y ostentando un puñalito en la cintura: el gigantesco cónsul de los Estados Unidos, antiguo coronel de caballería, cuya cabeza sobresalía de todas las demás de la comitiva, el cual cabalgaba en un brioso corcel de raza árabe, aparejado á la mejicana: el dragomán de la legación de Francia, hombre de atléticas formas, enclavado

en un caballo blanco, con el cual, y hasta cierto punto, ofrecía los contornos fantásticos y poderosos de un centauro. Allí había caras inglesas, portuguesas, andaluzas y alemanas; todos hablaban y producían una confusa algarabía en diez idiomas distintos, acompañada de carcajadas, cantares y regocijadas exclamaciones. Precedía á la comitiva el porta-estandarte seguido de dos soldados de la legación italiana, detrás de los cuales marchaban los jinetes de la escolta, mandados por el coronel mulato, con las espingardas pendientes del arzón delantero, caminando á los lados un verdadero enjambre de servidores árabes. Toda esta comitiva, iluminada por los rayos del sol, próximo al ocaso, ofrecía un espectáculo tan espléndidamente pintoresco, que cada uno de nosotros dejaba transparentar en su semblante la satisfacción que sentía en ser una de las figuras del cuadro.

Paulatinamente fueron despidiéndose de nosotros cuantos nos acompañaban, que regresaron á Tánger, excepto España y América que continuaron á nuestro lado.

Hasta entonces el camino no había ofrecido inconvenientes: era llano y espacioso; mi mula parecía el animal de su clase más dócil del imperio; ¿qué más podía desear? Pero por algo se ha dicho que en la tierra no existe felicidad completa. Acercóseme el capitán y me comunicó una nueva que nada tenía de agradable. El vicecónsul, Paolo Grande, nuestro compañero de tienda, era sonámbulo. El mismo capitán lo había encontrado una noche en la escalera de la casa de la Legación, envuelto en una sábana, con una pistola en la mano y una luz en la otra. Preguntados los criados de la casa, habían confirmado el hecho. El dormir con él bajo una misma tienda, ofrecía algún peligro. El capitán, teniendo en cuenta las íntimas relaciones que yo tenía con el vicecónsul,

me indicaba la conveniencia de inducirle á que durante la noche depositara las armas en persona de su confianza. Ofrecí hacer respecto del particular cuanto estuviera en mi mano.

—Confío en ello, — dijo alejándose, — y advertid que hablo también en nombre del comandante; pues se trata nada menos que de salvar la pelleja.

—Pues señor, esto sólo nos faltaba, — dije para mi capote.

Y fuíme derecho á encontrar al vicecónsul. Él mismo me salió al encuentro. De una y otra pregunta acabé por saber que llevaba consigo un pequeño arsenal de armas blancas y de fuego, contándose entre las primeras un puñalito morisco, que me describió puntualísimamente, y que no sé por qué razón, antojóseme expresamente fabricado para abrirme un ojal en mitad del pecho. ¿Pero cómo me las había de componer para hacerle comprender mi intento? ¿Y si no tenía conciencia de ello? En vista de todo esto determiné esperar hasta la noche, en que llegaría la hora de acostarnos, sin que en todo el resto del camino lograra apartar de mí aquel pensamiento molesto.

Caminábamos por un terreno ondulado en grandes curvas al través de una campiña verde y solitaria. El camino, si tal nombre merece, estaba formado por gran número de sendas paralelas, que en algunos puntos se entrecruzaban, serpenteando en medio de césped y maleza y profundas en ocasiones como lechos de arroyuelos. Una que otra palma, tal cual aislada y solitaria pita, diseñaban de tarde en tarde sus escuetas formas sobre el dorado horizonte. En el cielo comenzaban á brillar deslumbrantes las estrellas. Á nadie se veía ni cerca ni lejos. Al llegar á cierto punto hirió nuestros oídos una serie de disparos: era un grupo de árabes

que desde la cumbre de una colina saludaban al embajador. Después de tres horas de andar, había cerrado la noche, y comenzábamos á desear el campamento. El hambre en unos, en otros el cansancio, habían puesto término á la conversación. Sólo se oía el rumor producido por el paso de las caballerías, y el resoplido afanoso de los criados que nos seguían á pie. Al cabo de un rato rompió el silencio un grito del cadí.

Volvimos la cabeza, y á nuestra diestra descubrimos una eminencia esplendente de luz: era nuestro primer campamento y lo saludamos con un grito de entusiasmo.

Me sería imposible expresar el placer que experimenté echando pie á tierra en medio de aquellas tiendas. Si no hubiese sido por la dignidad de la literatura italiana, que siquiera indignamente, representaba en aquel momento en tales regiones, habríame entregado al grato ejercicio de saltar, brincar y hacer cabriolas. Aquello era una ciudad en miniatura, iluminada, poblada y rumorosa. Doquiera chisporroteaban los fuegos de las cocinas. Siervos, soldados, marmitones, marineros, iban y venían cambiándose órdenes y preguntas en todas las lenguas de la torre de Babel. Las tiendas formaban un vasto círculo, en el centro del cual se veía izada la bandera italiana. Más allá de las tiendas estaban arrendados en hilera los caballos y los mulos. La escolta tenía su pequeño campamento en otro sitio cercano. Todo se había dispuesto militarmente: á primera vista reconocí mi habitación, y fuí á posesionarme de ella. Formaban su ajuar cuatro camas de campaña, esteras y tapetes, linternas, candeleros, mesitas, silletas de tijera, lavamanos con el pie pintado de los colores italianos, y un gran ventilador de forma indiana. Era un campamento de príncipe, á propósito para

pasarse en él un año entero. Nuestra tienda se hallaba situada entre la del embajador y la de los artistas.

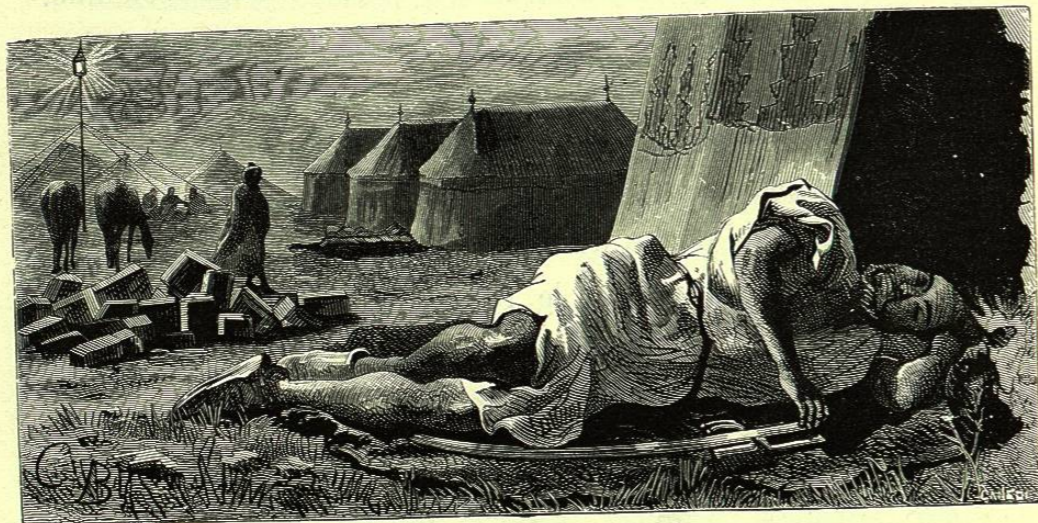
Al cabo de una hora de haber llegado, sentámonos á la mesa en la tienda consagrada á Lúculo. Tengo para mí que desde la fundación de Fez, fué aquella la comida más alegre y regocijada que se ha hecho dentro de los confines de Marruecos. Éramos diez y seis, comprendido el cónsul de América con sus dos hijos, y el de España con dos empleados de la Legación. La cocina italiana alcanzó un triunfo solemne. Presumo que era la primera vez que desde aquellas soledades, y de en medio de aquella desierta campiña se elevaban á Alá los perfumes del arroz á la milanesa y de los macarrones á la napolitana. El autor, robusto cocinero francés, venido sólo para aquella noche de Tánger, fué llamado estrepitosamente á la escena, donde le fueron tributados los honores merecidos.

Los brindis se encadenaron el uno al otro, en italiano, en español, en prosa, en verso, cantados y bailados. El cónsul de España, un castellano viejo chapado á la antigua, con gran barba, gran pecho y gran corazón, con una mano puesta sobre la empuñadura de su puñal, declamó la escena ó diálogo entre don Juan Tenorio y don Luis Mejía, del famoso drama de José Zorrilla. Discutióse sobre la cuestión de Oriente, sobre los ojos de las mujeres árabes, sobre la guerra carlista, sobre la inmortalidad del alma, sobre la propiedad del terrible *cubre-cabello*, y sobre el áspid de Cleopatra del cual se dejan morder impunemente los charlatanes marroquíes.

En medio del clamoreo de la conversación, no faltó quién me dijera al oído, que me quedaría eternamente reconocido, si en mi futuro libro sobre Marruecos dejara consignado que él había muerto un león, circunstancia que aproveché para

suplicar á los comensales que me dieran nota detallada de las bestias feroces de las cuales deseaban les hiciese triunfar. El cónsul de España, en agradecimiento, improvisó una poesía castellana en honor de mi mula, y cantando á coro dicha poesía sobre un motivo de *la Italiana en Argel*, abandonamos la tienda para irnos á acostar.

El campamento estaba sumido en el silencio más profundo. Delante de la tienda del embajador, que se había



Selam delante la tienda del embajador

retirado antes que nosotros, velaba el fiel Selam, primer soldado de la Legación. Entre las tiendas más apartadas paseaba lentamente como una larva blanca, el cadí, jefe de la escolta. El cielo se hallaba tachonado de brillantes estrellas. ¡Qué hermosa noche si no hubiese llevado clavada en el corazón la aguda espina del sonámbulo!

Al penetrar en la tienda, el capitán me recordó su aviso. Resolví comenzar el discurso en cuanto estuviésemos acostados. Era indispensable, pero exigía de mí un gran esfuerzo. El vicecónsul podía tomar la cosa á mala parte, y sentirse

por ello por demás mortificado. ¡Era un compañero tan agradable! De ingenuidad siciliana, lleno de fuego, hablaba de las cosas más insignificantes con el calor y el estilo de un orador inspirado. Prodigaba por cualquier motivo los adjetivos terrible, inmenso, divino: su ademán más reposado era agitar las manos sobre su cabeza. Viéndole discutir, con los ojos que le saltaban del rostro, con su nariz aguileña con la cual parecía querer agarrar al adversario, habríasele tenido por hombre irascible é impetuoso; y sin embargo, era el joven más dócil y de más buena pasta que puede imaginarse.

—Ánimo, —dijo el capitán cuando los cuatro estuvimos encamados.

—Señor Grande, —comencé, —¿tiene usted la costumbre de levantarse de noche?

Pareció muy maravillado de mi pregunta y contestóme:

—No, y me disgustaría que otro la tuviese.

—Está bueno, dije para mí, y añadí luego:

—De manera que reconoce usted no estar semejante costumbre completamente desprovista de peligros.

Miróme, y después añadió:

—Dispense usted; mas permítame que le diga que no debía usted bromear sobre semejante asunto.

—Puedo asegurarle, que no me ha pasado siquiera por las mientes la intención de chancearme. No tengo por costumbre hacer objeto de broma los asuntos tristes.

—Realmente es una cosa triste y debería usted hacer cuanto estuviere en su mano para evitar sus terribles consecuencias.

—¡Me gusta! ¿Pretendería usted tal vez que me fuese á dormir al raso?

—Paréceme, salvo mejor opinión, que de tener que hacerlo alguno, á usted le corresponde, no á mí.

—Es una verdadera impertinencia, — dije entonces incorporándome en la cama.

—De manera que según esto, — exclamó á su vez el vicecónsul, incorporándose también, — será una verdadera impertinencia el no dejarse matar.

Una gran carcajada del capitán y del comandante cortó la discusión, y sin que dijeran una sola palabra comprendimos el señor Grande y yo, que nos habían jugado una broma, haciéndonos creer respectivamente, que recorríamos de noche las salas y aposentos de la Legación, envueltos en sendas sábanas y armados de pistolas.

La noche transcurrió sin accidente alguno, y á la mañana siguiente despertéme al rayar el alba.

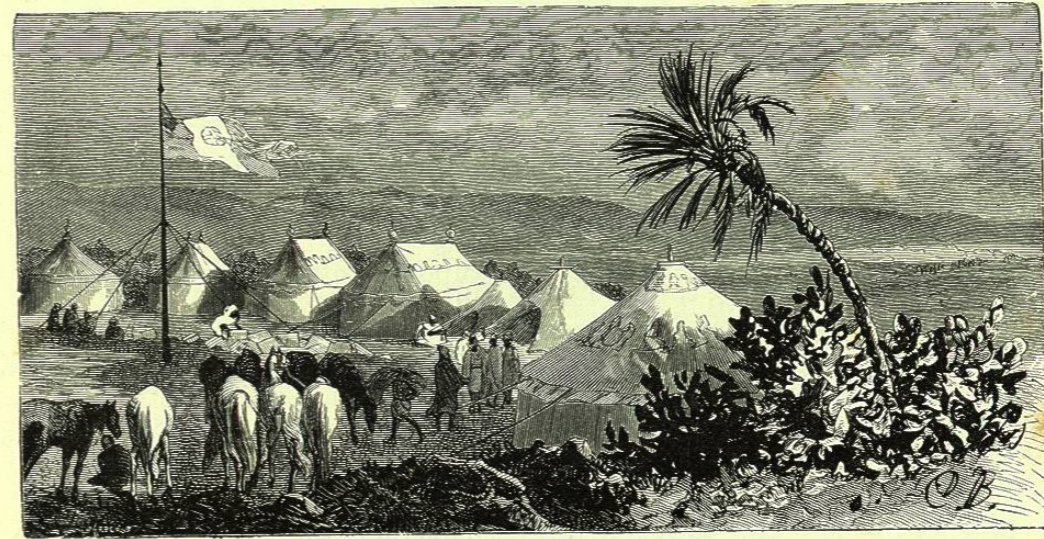
El campamento europeo estaba todavía sumergido en la profundidad del sueño, y sólo en medio de las tiendas de la escolta percibíase algún movimiento.

El cielo, por la parte de Oriente, estaba teñido de púrpura.

Adelantéme hasta el centro del campamento, y durante mucho tiempo permanecí inmóvil, contemplando el espectáculo que se desplegaba á mi alrededor.

Las tiendas se hallaban plantadas sobre la ladera de una colina completamente cubierta de hierba, de chumberas, de pitas y de arbustos en flor. Cabe la tienda del embajador alzábase una palmera elevadísima, inclinada graciosamente hacia Levante. Enfrente de la colina se extendía una dilatada llanura ondulada y florida, cerrada á lo lejos por una cadena de montañas de color verde oscuro, detrás de las

cuales distinguíanse otros montes azulados, casi confundidos con el fondo límpido del cielo. En todo aquel dilatado espacio no se distinguía casa, tienda, choza, ni nubecilla de humo; nada, en fin, que revelara la existencia de humana habitación: parecía un inmenso jardín cerrado á toda criatura viviente. Las hojas de la palmera cimbreábanse ligeramente al impulso de una brisa fresca y embalsamada, y el flébil rumor



El campamento al amanecer

que al entrechocarse producían, era el único ruido que se distinguía en medio de aquella solemne calma. Al dirigir á otro punto mis miradas, ví de repente clavados en mí diez ojos penetrantes. Eran los de cinco árabes que, sentados sobre un peñasco, contemplábanme atentamente: trabajadores del campo, habían venido durante la noche, sabe Dios de dónde, sin más propósito que el de ver el campamento. Parecían esculpidos en la roca sobre la cual descansaban. Mirábanme sin pestañear, sin dar indicio de curiosidad ni de simpatía, de malquerencia ni de embarazo: inmóviles é impa-